

EL CRIMEN DEL CARRO CRUZADO EN LA VÍA DEL TREN

De haber nacido varón, la madre priora de las Hermanas de la Caridad del Hospital Provincial de Castellón, hubiera sido un brillante investigador policial, a la altura del Sherlock Holmes de Sir Arthur Conan Doyle, cuya reciente novela había leído a escondidas en su biblioteca privada, como toda aquella literatura que no fuera de índole religiosa.

Como el mundo era injusto, su medio hermano Rosendo, que fue el orgullo de su padre y heredero de todos sus bienes, era un hombre tosco que apenas sabía leer, y un haragán que se dejaba mangonear por cualquier mujer que supiera utilizar bien sus encantos. Perdería sus posesiones en pocos años si la Divina Providencia no intervenía a favor de su pobre familia. Y lo hizo, de alguna forma, cuando el tren proveniente de Valencia le arrolló al pasar de noche por un paso a nivel.

Durante el entierro, vio a su querida sobrina, herida en el accidente de tren, pero no de gravedad. Indagó de forma discreta lo ocurrido, porque lo primero que le llamó la atención fue la ruta que había seguido el carro bajando de sus huertos de Villavieja, la cual no era nada habitual, según sabía. Nunca había cruzado aquel paso a nivel, y menos tan tarde.

Al parecer, siguiendo los dictados de su inquieto aparato reproductor, había hecho caso a la bella joven que había contratado para ayudarlo tanto en el huerto como en la venta de sus productos en los mercados, y había seguido aquella ruta alternativa, exponiéndose al peligro evidente de cruzar la vía del tren de noche. Su sobrina, entre lágrimas, afirmó que estaba adormilada cuando sintió el silbato del tren muy cerca y se quedó como paralizada. Gracias a la rápida intervención de la joven empleada, se vio arrojada del carro como un saco de patatas, por lo que le debía la vida. La chica resultó herida de gravedad al salir despedida junto a restos del carro, y seguramente perdería una pierna, que había quedado destrozada, y su padre no pudo salvarse, porque por avaricia se empeñó en salvar el carro atorado con su contenido, arreando al pobre animal, que no pudo sacar ni al carro ni al amo del atolladero, acompañándole al otro mundo.

La madre priora, tras hilar todos los cabos sueltos, se despidió de su cuñada y de su sobrina, ahora herederas de los bienes familiares, prometiéndoles su valiosa ayuda para llevar los negocios familiares con mejor mano que su difunto hermano, que no servía más que para gastar su fortuna en tabernas y mujeres, aunque eso no se lo dijo en tan luctuoso momento.

El caso, pensó la avispada monja, es que ahora que sabía que la ruta del carro había cambiado de forma inesperada y se había interpuesto en el camino del tren, la repentina muerte del Presidente de la Audiencia, el ilustre don Lucas Poveda, que viajaba a bordo del tren que arrolló al carro, que ya le había parecido extraña, se le antojó anti natural a todas luces.

En calidad de tía de la joven superviviente del accidente, realizó una visita al doctor Forns, que fue quien socorrió a las víctimas del atropello, y tras darle las gracias por haber atendido a su hermano y a su sobrina, derivó la conversación hacia el extraño fallecimiento del ilustre señor Poveda, a lo que el doctor, viéndose ante una persona religiosa que guardaría su secreto bajo siete llaves, confesó sus sospechas de que hubiera sido un asesinato, ya que, aunque mantenía con el fallecido cierta relación, hallaba al señor Poveda muy soberbio, culpable de una dejadez que impedía investigar exhaustivamente los casos y que, en ocasiones, había acusado a inocentes sin fundamento, creándose muchos enemigos. Y para dar mayor veracidad a sus sospechas, citó un caso conocido por él, que procedía de Ciudad Real, donde como juez de primera instancia, Poveda había destrozado la vida a tres jóvenes lugareños, cuyos apellidos nombró de memoria, acusados del robo de una yegua preñada. Por terceras personas se enteró de que un amigo suyo la había perdido apostándola en una timba, y no se atrevía a confesárselo a su esposa, una rigurosa dama a quien debía su inmensa fortuna, por lo que el indigno juez le aconsejó denunciar su robo y acusar a

aquellos jóvenes que le tenían harto por ir a rondar a su hija mayor, antes de que se originara un mal mayor, pues no casaría a su hija jamás con un carlista, por incompatibilidad política.

La monja escuchó estupefacta aquella declaración y preguntó si había hallado algún indicio claro de asesinato, a lo que el doctor, tras pensarlo un instante, afirmó con la cabeza. Al parecer, al examinarle había descubierto una herida de aspecto infecto que pudo provocarse con una astilla del carro destrozado, ya que bajó del tren para ayudar, o para aparentarlo, porque en realidad lo hizo por morbosa curiosidad, acercándose más de la cuenta a la joven herida, cuyas ropas rasgadas dejaban ver parte de su anatomía, y manoseándola sin motivo ninguno, cosa que le asqueaba y por la cual le increpó, enviándole de regreso al tren, siendo aquellas las últimas palabras que le dirigió.

Según lo que pudo apreciar en aquel primer y único reconocimiento del cadáver, ya que en ningún caso se hubiera autorizado una autopsia, dado que la familia era muy religiosa, la herida parecía haber sido infectada por algún tipo de veneno que le provocó una muerte rápida, deteniendo su oscuro corazón. La monja continuó atando cabos y comunicó al doctor que iría a visitar a la mujer herida, para agradecerle que hubiera salvado la vida de sobrina. El médico le facilitó su nombre y la monja supo en ese momento que había resuelto todo el misterio.

La joven mujer herida presentaba buen aspecto. Se la veía resignada y en paz, a pesar de haberse quedado coja para siempre. La acompañaba su madre, una mujer vestida con dignidad, con la misma expresión de serenidad que su hija, a pesar de enfrentarse a la tragedia. Refrescaba su frente y su cuello con un pulcro pañuelo húmedo, para aliviarla. La madre priora le pidió por favor que fuera a buscarle un vaso de agua a la cocina, porque ella no bebía otra cosa que la beneficiosa agua de Benasal, por motivos de salud. Lo cierto es que solo era una excusa para hablar con la joven a solas, porque ella estaba muy sana, y además se regalaba con bebidas espirituosas que la ayudaban a sobrevivir al tedio.

—Hija mía, no temas nada de mí, pues lo hablado entre nosotras permanecerá tan en secreto como si de una confesión se tratara, y para darte muestra de mi buena disposición, en primer lugar te daré las gracias por haber salvado la vida de mi querida sobrina, a quien arrojaste del carro, y que sin tu providencial intervención, hubiera resultado muerta como mi hermano.

La muchacha tragó saliva y ahogó un escalofrío, al enterarse de que Rosendo era su hermano. Desconfió de su plácida sonrisa y del tono suave de su voz.

—Por cierto, con su fallecimiento has hecho un favor a la familia, pues hubiera terminado abocando a su mujer y a su hija a la miseria, pero vayamos a lo que importa. Sé que tú fuiste la que causó el accidente, embobando a mi estúpido hermano con tus artes femeninas para que cambiara el trayecto, distrayéndole para que cayera la noche y llegara el tren de Valencia, siempre tan puntual. De alguna forma trabaste el carro y te hubieras puesto a salvo a tiempo con agilidad, pero sentiste piedad por mi sobrina y perdiste tiempo en salvarla. Sé incluso por qué lo hiciste: con el objeto de acabar con la vida de Poveda, por lo que le hizo a tu familia, acusando a tu hermano y a dos de sus amigos de un delito que no cometieron, solo porque le molestaba que rondaran a su hija. Mucha gente inocente habrá perecido en el garrote vil por sus tejemanejes, ahora lo sé, y debido a tu crimen, tan abyecto como ingenioso, al usar una astilla impregnada en veneno para clavársela en cuanto se acercó a curiosear, se habrán salvado otras tantas vidas de inocentes, y eso te redime a mis ojos de tu pecado. Encargaré para ti una buena pierna ortopédica con la que podrás moverte con relativa normalidad, y para ello no repararé en gastos. Veré de entrevistarme con el nuevo magistrado, cuando lo nombren, para que ordene retirar la orden de búsqueda y captura de tu hermano y de sus amigos y puedan volver a España, porque, si no me equivoco, están viviendo en Francia,

¿verdad? —le dijo la monja, dejándola tan helada como sorprendida. Ahora estaba segura de no le haría daño, porque veía el agradecimiento en su sagaz mirada.

—Pero qué lista es usted, madre. Ya es mérito saber todo lo anterior, pero ¿cómo sabe que mi hermano reside en Francia? —elogió la muchacha, asombrada.

—Porque en ningún otro lugar del mundo elaboran el perfume con que tu madre te refresca para aliviarte, y que tu hermano os habrá enviado como regalo, pues aunque sea caro, os ama y os echa de menos. Antes que monja soy mujer y aprecio las refinadas fragancias —respondió la monja, con una sonrisa torcida.

Y fiel a su palabra, al salir del hospital hizo llamar al mejor artesano de prótesis del que tenía noticia, y le encargó que midiera a cierta joven herida, para elaborar una pierna que la ayudara a llevar una vida normal, ya que era una auténtica heroína que había salvado la vida de su sobrina y quería recompensarla.

Nunca reveló que aquella muchacha había cometido un crimen, dos contando a su hermano. Nadie más que ella y la familia de la joven supo jamás lo que valió su sacrificio, ni se jactó jamás de sus brillantes averiguaciones, que la convertían en la mejor investigadora del momento. Al contrario que su admirado Sherlock Holmes, la humildad era su lema.